

teorema

Vol. XXXVII/1, 2018, pp. 141-146

ISSN: 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2018) 37:1; pp. 141-146]

OBITUARIOS/OBITUARIES

Jesús Mosterín (1941-2017)

In memoriam

Fernando Broncano

Falleció Jesús Mosterín (1941-2017) el pasado 4 de octubre después de una enfermedad que había anunciado en un artículo publicado en *El País* [“Una cita con la Parca” *El País*, 24 de marzo 2015], en la que, con su habitual precisión conceptual y distancia emotiva, daba cuenta de su historia clínica. No me resisto a citar aquí el último párrafo, porque resume muy bien tanto su filosofía como su actitud ante la vida:

Todos los seres vivos somos configuraciones efímeras de las partículas de que estamos hechos, pompas de jabón, fogonazos fugaces, olas en el océano inmenso de la realidad. Biológicamente, y como ya sabía Aristóteles, la única posibilidad de sobrevivir a la muerte, aunque muy provisionalmente, es la reproducción. Nuestros genes siguen su camino en nuestros descendientes (los míos, en mis siete nietos), pero ese es su camino, no el nuestro, e incluso este linaje tiene los días contados. Subjetivamente, la vida es formidable y maravillosa en la medida en que tenga componentes formidables y maravillosos. Cuando ya no los tiene en absoluto, sino todo lo contrario, la vida puede convertirse en una farsa sin sentido cuya única solución es la muerte. La muerte del organismo es valorativamente neutral; no tiene nada de bueno ni de malo. Y es lo más natural del mundo.

Su racionalismo absoluto se combina con una cierta debilidad poética que solía florecer cuando comentaba algún episodio de historia natural. Quizás la historia natural haya sido la gran pasión intelectual suya y su condición de filósofo tendría que resumirse en algo así como “filósofo natural”, que en la Inglaterra del siglo XIX denotaba un estatus ambiguo

entre científico y filósofo. La amplitud de sus intereses y su implicación en numerosas polémicas hacen de él un filósofo comparable en su trayectoria a Bertrand Russell por su compromiso y talante filosófico. Entre la academia y la escritura de alta divulgación, Mosterín fue un claro ejemplo del cambio generacional de la filosofía en los albores de la Transición variando desde una etapa de carácter más bien didáctico, orientado a compensar las profundas lagunas formativas de la universidad del momento en lo que se refería a disciplinas como la lógica, la teoría de la acción y la filosofía de la ciencia, hasta una obra más comprometida en controversias de nivel internacional, particularmente en el terreno de la filosofía de la biología, con alguna entrada interesante en filosofía de la cosmología. La entrada “Jesús Mosterín” de la Wikipedia es un buen resumen de su larga obra y de sus principales afirmaciones, por lo que no será necesario repetir aquí un trabajo ya hecho y de muy recomendable referencia.

Hay mucho de suplementario en su obra en relación con los déficits educativos del momento, como ejemplifican sus primeras obras sobre lógica: *Teoría axiomática de conjuntos* (1971) y *Lógica de primer orden* (1976), que tenían una intención instrumental, didáctica. En otros casos, sin abandonar su siempre claro y pedagógico estilo, algunos de sus primeros trabajos tuvieron una importancia central para fijar el nivel común de conocimiento exigible en el campo. En este sentido, *Conceptos y teorías en la ciencia*, una obra de 1984 que tuvo tres ediciones en las que se enriqueció por la incorporación de trabajos dispersos, fue, creo, una obra que dispuso un suelo definitivo sobre el que se construyó la filosofía de la ciencia en España en las siguientes décadas. Si miramos hacia atrás, en ninguno de los manuales existentes hasta el momento (Hempel, Nagel o Bunge) se había desarrollado una teoría sistemática de la partición de los conceptos en cualitativos, comparativos o métricos, reuniendo en ella trabajos heterogéneos sobre taxonomía y métrica. La sistematización, que fue publicada originariamente en *Investigación y ciencia*, pasó a formar parte inmediatamente del trasfondo disciplinario de la filosofía de la ciencia del momento.

En este mismo volumen, Mosterín recoge sus artículos sobre la concepción semántica de las teorías científicas, adentrándose en la controversia del momento entre las concepciones *Heredada* y *Estructuralista*, que delimitaba a los partidarios de una concepción de las teorías como conjuntos de enunciados, de los que defendían su naturaleza de conjuntos de modelos con aplicaciones a los sistemas reales. Aunque el filósofo austríaco Wolfgang Stegmüller fue quien popularizó esta concepción en Europa y Patrick Suppes quien lo hizo en los países anglosajones, Jesús

Mosterín junto a Ulises Moulines fueron centrales en su orientación en el área latinoamericana. Recuerdo aún una divertida controversia entre Jesús Mosterín y Mario Bunge en las postrimerías de los años setenta, en un seminario organizado por Manuel Garrido en Peñíscola, donde Mosterín presentó un trabajo “El mundo se nos escurre entre las mallas de nuestras teorías” desarrollando el conocido argumento de Putnam basado en el Teorema de Löwenheim-Skolem sobre la indeterminación de una estructura abstracta para seleccionar un cierto modelo pretendido. Años después, esta controversia sobre el realismo científico sería un tema estándar tanto en la enseñanza como en las discusiones especializadas, pero por entonces fue muy entretenido observar cómo Mario Bunge defendía su ontología frente al argumento de los modelos múltiples. En aquellos momentos, aún demasiado lastrados por el peso del aislamiento histórico de la universidad española, el enfrentamiento entre los materialismos de Gustavo Bueno y de Mario Bunge parecían ser el único juego de la ciudad.

Mosterín introdujo nuevos aires que habrían de cambiar el horizonte. El estructuralismo habría de proliferar como un rasgo muy caracterizador de la filosofía de la ciencia en el territorio hispanoamericano, quizás el ámbito geocultural donde tuvo mayor repercusión. Ciertamente, Mosterín no tuvo la capacidad de reclutamiento formativo que desarrollaría poco después Moulines, quien formó a casi una generación de filósofos partidarios del estructuralismo, pero no es pensable que sin el peso de su autoridad intelectual esta corriente hubiese adquirido el carácter de paradigma que alcanzó en el espacio cultural definido por el español como lengua académica.

Una segunda y no menos central influencia de Mosterín sobre la filosofía del momento fue su clara opción por la teoría de la decisión como marco para la teoría de la racionalidad y de la teoría de la acción. En 1978 Alianza Editorial publicó su *Racionalidad y acción humana*, que, como su título indica, se adentraba en los complejos territorios de la racionalidad y la acción. Fue un libro que sufrió actualizaciones en 1987 y 2007 tratando de adecuar las ideas a los, cada vez más complejos, contextos teóricos de la teoría de la acción. De su primera edición, la más influyente y, desde mi particular punto de vista, la más interesante, merece la pena recordar su clarísima exposición de las ideas de racionalidad teórica y práctica suponiendo la racionalidad epistémica y la teoría de la decisión. El caso es que produjo un intercambio de críticas y contracríticas con Javier Muguerza, quien lo incorporó a su libro *Desde la perplejidad*, uno de los textos de referencia de la filosofía moral española. El interés de esta breve controversia es que representó en su momento una muy clara delimitación

de las diferencias que separaban en el ámbito académico español a quienes se ocupaban de la razón y racionalidad desde el punto de vista de la epistemología y la teoría de la acción y quienes lo hacían desde la filosofía moral. Esta distancia y falta de encuentro fue, y durante mucho tiempo siguió siendo, una de las asignaturas pendientes de la filosofía española, al menos respecto a un entorno internacional donde la filosofía de la normatividad y racionalidad práctica media desde hace tiempo, entre las perspectivas neokantianas y las “decisionistas”. Quizás la exposición de la racionalidad de Mosterín era muy divulgativa, aunque necesaria, pero tuvo el efecto de abrir un campo de investigación no demasiado practicado entonces (quizás tampoco ahora) en el ámbito hispanohablante.

En este libro, por otro lado, se encuentra la propuesta terminológica de sustituir el término “el hombre” para designar la especie por el neologismo más neutro respecto al género de “humán”. No tuvo mucho éxito en la empresa, pero es una muestra de uno de los temas que le interesaron siempre, el de intentar reformas profundas de los usos lingüísticos. Una de sus recurrentes admoniciones, que cumplía sin excepción, especialmente en sus obras divulgativas de historia de la filosofía, era la de no traducir los nombres propios. Pero sin duda donde ejerció esta vocación reformista fue en su *Ortografía fonémica del español* (1981), donde se atrevió a proponer una reforma ortográfica del español para aproximarla a su fonémica. Traigo a cuento esta referencia que, ciertamente, era una batalla contra gigantes, como indicativo de la voluntad de controversia y natación a contracorriente que siempre caracterizó a Jesús Mosterín, quien siempre tuvo bastante claro que su escritura no tenía un lector-tipo enclaustrado en la comunidad filosófica, mucho menos en la que podría serle más próxima, como la filosofía analítica, sino que se dirigía a un grupo amplio que, en este caso, incluía a la gramatología normativa.

Si el racionalismo y la filosofía estructuralista de la ciencia caracterizan una parte sustancial de la obra de Mosterín, su gran vocación es, sin embargo, lo que podríamos llamar el naturalismo como filosofía, entendido, al modo de Russell, como una combinación de ciencia y mística, de uso de la biología para explicar la naturaleza humana (un término que rescata contra los orteguianos que niegan tal cosa) y de reconciliación entre poética y moral con el espectáculo del universo.

Mosterín se alineó en biología desde los primeros momentos de su trabajo teórico con el darwinismo ortodoxo que representaba el divulgador Richard Dawkins. Este darwinismo situaba en los genes, los replicadores, la principal función explicativa de la evolución, dejando al organismo la mera función de vehículo. Mosterín había trabajado en su

juventud en la divulgación de la vida animal y como filósofo de la biología en las controversias sobre taxonomía, pero a partir de 1993, cuando publica *Filosofía de la cultura* adopta una posición darwinista fuerte. Así, considera que la forma más inclusiva del concepto de cultura es el de “cultura como información” (no transmitida genéticamente), lo que le alineaba con la teoría memética que estaba promocionando Richard Dawkins, una teoría que adopta sin restricciones en este libro. En 2006 publica una actualización de estas ideas en *La naturaleza humana*, incorporando ya, y alineándose con, los nuevos desarrollos de la psicología evolucionista, especialmente en la versión de Steven Pinker. La biologización de la idea de naturaleza humana, en el sentido de restricciones al aprendizaje y la transformación cultural, es la principal tesis del libro, que incluye también un cierto alineamiento con la sociobiología, y en particular con la explicación sociobiológica del altruismo (la maximización de la adaptación de los parientes, que había defendido Hamilton en 1965). No es desdeñable la influencia de sus ideas en la extensión del darwinismo ortodoxo en la cultura científica y filosófica española, pero lo importante de su obra es la explotación filosófica que hace de ello en el desarrollo de una filosofía orientada en términos naturalistas.

La faceta más pública de Jesús Mosterín está unida, en este hilo de expansión filosófica del darwinismo, a sus muchas intervenciones contra el maltrato animal y a favor de la supresión de las corridas de toros. En este sentido, su libro de 1998, *Vivan los animales* desarrolla una suerte de ética ecológica basada en la solidaridad universal con todas las formas de conciencia, que incluyen lo que denomina “almas animales”, contra el humanismo antropocentrista que ha proliferado en teoría moral. Mosterín fue ampliando esta posición, primero reivindicativa de los derechos de los animales, hacia una suerte de mística cósmica en la que se encuentra en compañía con científicos como Schrödinger, Linde y filósofos como Popper y Russell. Permítaseme esta cita un poco larga, que expresa muy bien sus convicciones morales en sus últimas obras:

Si el Universo es Dios, nosotros somos la conciencia divina. En la lucidez incandescente de la conciencia cósmica se esconde la promesa de la armonía, la sabiduría y la felicidad. Solo en comunión con esa gran realidad que nos sobrepasa y nos incluye podemos acceder a planos superiores de empatía, alegría y lucidez. Y solo desde ese nivel de sabiduría podemos encarar los problemas de nuestra vida personal, de la sociedad humana en general y de la biosfera entera con alguna esperanza de solución fundamental.

La ciencia sin mística corre el riesgo de quedarse en mera gimnasia metodológica. La mística sin ciencia fácilmente de-genera en autoengaño y superstición. Solo la jugosa conjunción del conocimiento científico con el sentimiento místico nos permite aspirar a alcanzar aquel estado de exaltación lúcida y plenitud vital en que consiste la comunión con el Universo. Sintonzar con el Universo, sentarnos en el trono de Dios, acompasar el palpito de nuestro corazón a un latido divino, ¿qué más se puede pedir?

[*La naturaleza Humana*, Madrid, Alianza, 2006, p. 384]

Sin la menor duda, debemos situar a Mosterín en las proximidades de Karl Popper y Bertrand Russell. La larga entrevista con Popper, que publico en *ARBOR*, en 1989, es un reflejo explícito de la cercanía que sentía por el filósofo austríaco, por más que discrepase en algunas cuestiones adjetivas. Pero quizás su papel como intelectual, como señalé al comienzo, le aproxime aún más a Bertrand Russell, en muchos aspectos que van desde la cercanía con la ciencia a la popularización filosófica, a veces un tanto alejada de la academia. Mosterín fue siempre un referente intelectual para varias generaciones de filósofos. Quizás no en las cuestiones técnicas o en la controversia con otros autores que discrepasen de sus posiciones (sus escritos son más bien reacios a la cita y a la discusión pormenorizada de los argumentos ajenos), pero sí en la actitud general hacia cómo relacionar la filosofía y la ciencia. Quienes practicaron o practican una orientación naturalizadora en las diversas disciplinas filosóficas, como la teoría de la mente, la acción, la epistemología e incluso la teoría moral, han sido educados de una u otra forma por el estilo y la actitud de Mosterín, por más que no siempre se compartan muchas de sus posiciones.

Departamento de Humanidades: Filosofía, Lenguaje y Literatura
Universidad Carlos III
C/Madrid 126, 28903 Getafe, Madrid
E-mail: Fernando.Broncano@uc3m.es